

Didáctica

Juventud, valores y crisis de nuestro tiempo*

José M.^a Vegas

Este breve trabajo trata de presentar a personas poco expertas en temas filosóficos esa realidad cotidiana y misteriosa que es el valor. Se pone en relación la dimensión axiológica con las etapas biográficas del ser humano, en especial, con la de la juventud —a quien esta comunicación se dirige. Y, puesto que hoy es un tema recurrente el de la crisis de los valores, se trata de entender en qué estriba esa famosa crisis.

1. El mundo de los valores

1.1. La paradoja del valor

Los valores son unas extrañas entidades con las que estamos siempre en contacto, siempre contando con ellas, pero de modo que en cuanto queremos fijar la atención en ellas, desaparecen de nuestra vista.

Su presencia inmediata y evidente se muestra en que nos pasamos la vida valorando. Muy posiblemente, algunos de vosotros, al venir hacia aquí, habéis comentado o pensado, «A ver qué rollo nos suelta este tío». Es decir, os habéis representado la situación que ahora estamos viviendo dotada de una coloración negativa. Mientras que si os representáis la situación de estar con

* Conferencia pronunciada en el I.N.B. «Manuela Malasaña» de Móstoles el 16 de marzo de 1994, ante los alumnos de 3.º de BUP. El carácter de conferencia divulgativa, y no de artículo científico, explica el que falten numerosas referencias bibliográficas que, normalmente deberían aparecer, pero que hubieran obligado a una trabajosa reelaboración. No obstante, el lector percibirá en lo que sigue con facilidad la presencia de las obras de los filósofos Max Scheler, Dietrich von Hildebrand y Hans Reiner principalmente.

vuestros amigos, fuera del Instituto, tomado algo o haciendo alguna otra cosa que os apetezca, coloraréis esa situación de un matiz muy distinto, como dotada o revestida de una valor positivo. Situaciones, personas, acontecimientos históricos, comidas, acciones, libros, películas, canciones, asignaturas, rostros, etc., etc., etc., se nos presentan no simplemente siendo lo que son, esperando de nosotros sólo una definición descriptiva, sino además revestidos de esas familiares y extrañas cualidades que llamamos valores, y en virtud de los cuales piden de nosotros un *pronunciamiento*, positivo o negativo.

Sin embargo, como ya he dicho, en cuanto nos preguntamos *¿qué es el valor?*, *¿qué son los valores?*, y tratamos no simplemente de valorar esas cosas, sino de «ver» los valores mismos que las hacen atractivas o repulsivas, buenas o malas, dignas de aprobación o de condena, nos quedamos alelados, sin saber qué decir, sin «ver» realmente eso tan evidente un instante antes. Resulta entonces que lo único que «vemos» (con los ojos del cuerpo o de la mente) son las situaciones mismas aludidas, peladas, mondas y lirondas, con sus cualidades físicas o intelectuales, pero sin que asome por ninguna esquina el famoso valor que fue, no obstante, lo primero que descubrimos en ellas (que era hermosa, agradable, aburrida, noble, despreciable... etc.).¹

Nuestro trato cotidiano con la realidad en su conjunto es un trato *valorativo*. Pero es un trato *con la realidad* (presente, pasada o meramente proyectada). Por ello es normal que, al fijamos expresamente en la realidad valorada, comparezca sólo y sobre todo la nuda realidad. Los valores no pertenecen, por así decir, a la definición de las cosas y las realidades. No es de la esencia de una canción el ser hermosa, puesto que, sin dejar de ser canción, puede ser horrible; ni es de la definición o de la identidad esencial de una acción el ser moralmente buena, pues para ser mala (por ejemplo, un acto de traición a un amigo) precisamente tiene que ser una acción. Los valores se realizan exclusivamente en las realidades en que aparecen, dependen totalmente de ellas para *poder ser*: éstas tienen que presentar ciertas condiciones para que el valor pueda aparecer en ellas; pero las realidades dependen por entero de los valores para *poder valer*, y, en este sentido, muestran los valores una cierta independencia de las cosas reales e incluso aspiran a gobernarlas en cierto sentido: marcando un cierto *deber ser* de la existencia real; sin embargo, el valor como tal no sufre absolutamente nada (en el sentido de que no pierde su validez) por el hecho de que no llegue a realizarse. «La lealtad en las relaciones de amistad, dice I. Kant, es un deber aunque nunca haya habido en el mundo un amigo leal.» Por ejemplo, el hecho de que la paz no consiga imponerse en Bosnia no destruye en absoluto el valor y la urgencia de la paz, es decir, el hecho de que «la paz debe ser», sino que, por el contrario, el enconamiento bélico hace todavía más patente la urgencia de ese deber ser.

¹ Que fue lo primero que percibimos lo muestra el que con frecuencia recordamos el valor de algo, sin tener ya ni idea de qué era eso valioso: que una persona era agradable o hermosa; que una película era divertida... Pero ni recordamos el modo de ser, ni el rostro ni el argumento de esas realidades, de las que sólo ha quedado impreso en nosotros su valor evidente.

1.2. Valor y motivación

Esta extraña alquimia que se da entre valores, realidades y nosotros que tratamos valorativamente con la realidad, se explica un poco si tenemos en cuenta que son esos valores de las cosas y las situaciones los que ejercen sobre nosotros un extraño y poderoso embrujo: tienen sobre nosotros *poder de motivación*. Nos proporcionan motivos de muy diversa índole, gracias a los cuales las realidades no se nos aparecen como algo plano e indiferente, sino como interesante, atractivo o repulsivo, con capacidad de reclamar nuestra atención y movilizar nuestra voluntad. Puesto que nuestra primera y natural actitud en el trato con las cosas es una *actitud práctica*, es normal que los valores sean los primeros embajadores de la realidad. Mientras que, en el momento en que posamos nuestra *mirada* inquisitiva y *teórica* sobre esas mismas realidades, el valor se difumina, porque entonces ha variado precisamente la óptica de nuestra mirada, que sólo tiene ante sí la realidad considerada en sí misma, idealmente desprovista de carácter motivante. (Al científico, en efecto, no le interesa si el líquido de la retorta es de un hermoso color, o de sabor agradable, o si es divertido contemplar sus transformaciones internas; le interesa sólo *qué* es ese líquido, cuál es su composición y cuáles sus propiedades. La atención a las otras cosas distraen ese interés teórico que, como tal, es forzado y requiere una ascesis peculiar para desembarazarse de esos otros intereses naturales.)

1.3. Valores relativos y valores absolutos

Estas curiosas relaciones (incluida la fuerza de motivación) hacen que recurramos al fácil expediente de considerar los valores como producto de nuestra disposición subjetiva, nuestra sensibilidad o nuestro sentimiento. Si, al mirar las cosas valiosas, los valores mismos se nos ocultan, entonces, concluimos fácilmente, es que los valores están en nosotros y nosotros los proyectamos sobre las cosas. ¿Cómo o en virtud de qué? Pues en virtud de nuestros gustos, intereses, modos de sentir, etc. Valor es lo que uno tiene por tal, lo que a uno le va o le gusta. Así lo define algún filósofo: «valor es objeto de interés» (Perry). Puesto que el interés depende de mí, el valor del objeto se lo otorgo yo.

Pero, en realidad, si nos fijamos un poco, esas cosas que nos van o no nos van, nos gustan o nos disgustan no son valores, sino lo que hemos llamado situaciones (o realidades) valiosas, algo dotado de valor. Practicar un deporte no es un valor, sino una actividad dotada de valor. Aunque en el lenguaje cotidiano solemos confundir esos niveles. Además, si nos fijamos un poco, no siempre podemos decidir según nuestros gustos, intereses o inclinaciones el carácter valioso de algo. Nuestra subjetividad, es cierto, es el filtro por el que los valores llegan a nosotros, hasta el punto de que podemos desconocer un valor o distorsionarlo; pero en muchísimas ocasiones, que todos vivimos a diario, se nos imponen evidencias de valor que a nosotros nos vienen fatal. Todos distinguimos con toda

facilidad *lo que está bien* de *lo que nos viene bien*. Por ejemplo, al distribuir algo entre un grupo en el que nos encontramos, puede ser que no apetezca muchísimo (que nos venga «de perlas») que nos toque determinada parte (por ejemplo, al distribuir tareas, nos vendría muy bien hacer determinada cosa que nos pilla cerca de casa, o que se hace en un día en que estamos libres, etc.). Sin embargo, bien podría ser que eso sólo pudiera caer en suerte («tocamos») al precio de una grave injusticia (perjudicando a otro que tiene más derecho, o más necesidad, etc.). Es evidente que aquí, en concreto, lo que nos viene bien y lo que está bien no coinciden. Si no somos unos perfectos canallas, estaremos de acuerdo en que lo que nos viene bien debe ceder sin paliativos a lo que a nosotros mismos se nos impone como debido, como «estando bien».

No quiere decir que lo que nos viene bien no posea ningún valor. Simplemente que el valor que descubrimos no siempre está en sintonía con nuestros gustos, inclinaciones o sentimientos, sin que por ello el valor se difumine. Podemos, por ejemplo, reconocer la gracia de un chiste, pero en una situación en que uno «no está para chistes»; o la nobleza y valentía de un carácter, siendo sin embargo así que lo descubrimos en nuestro peor enemigo; o la belleza extraordinaria de una colección de arte pictórico, sin estar en disposición de gozar de ello por encontrarnos agotados.

Se nos impone así una primera distinción en el mundo de los valores:

- *Los valores relativos a sí o condicionados por la necesidad*: son aquellos en los que su importancia y su poder de motivación dependen esencialmente de su relación con nosotros, de nuestra necesidad o interés subjetivo. Son valores o aparecen ante nosotros por prometernos la producción de un agrado subjetivo. La ausencia de esa necesidad o deseo de agrado, hace que el objeto en cuestión carezca de valor y se presente como indiferente. Su relación motivante con nosotros es una relación de *atracción*, no de *exigencia*, de modo que, en principio, podemos prescindir de ellos.

- *Los valores objetivos, no condicionados por la necesidad*, que muestran una importancia intrínseca, independiente de que le venga bien o no a alguien (y si le viene bien a alguien, no procede el valor o la importancia de ese venirle bien). Su importancia, pues, no procede de la satisfacción que prometen. Pueden incluso venir mal o producir dolor, pero aparecen como «mereciendo la pena». Su relación con nosotros es, no de atracción, sino de *exigencia* (no necesariamente en sentido moral), nos sacan del estrecho círculo de nosotros mismos, de nuestros intereses subjetivos. Si producen satisfacción, no es esto lo que los hace importantes, sino al revés: no son importantes porque satisfacen, sino que satisfacen porque son importantes. Si se produjera la paz en Bosnia o en Palestina, porque, por ejemplo, los contendientes se reconciliaran o se perdonaran, esto debería alegrarnos por el valor intrínseco que esos acontecimientos portan consigo.

Naturalmente, en muchas ocasiones, lo que está bien y lo que viene bien coincide. Pero es cuando esas clases de valores se muestran incompatibles

cuando los últimos resaltan más y se hacen más evidentes (y, probablemente más molestos y difíciles de secundar).

1.4. Diversidad material y jerarquía axiológica

Ya hemos detectado dos distinciones importantes en el mundo de los valores: éstos son positivos o negativos (valores y disvalores), es decir, están dotados de una peculiar *polaridad*.

Además hemos distinguido entre valores relativos y absolutos. Pero estas distinciones no son las únicas posibles.

Existen también diversas especies o «familias» de valor, que establecen relaciones peculiares con las realidades en que comparecen, con nosotros que los apreciamos, descubrimos, secundamos, creamos, etc., y también entre los valores mismos.

Existen por ejemplo valores sensibles (el placer y el dolor son sus categorías básicas), valores vitales (noble, vulgar, salud, enfermedad, plenitud, languidez...), valores estéticos (bello y feo), valores intelectuales, valores sociales (justo, injusto), éticos (bueno, malo) y religiosos (sagrado y profano).

En todos esos dominios hay valores positivos y negativos. Y todos los valores positivos de su respectiva familia «valen» sin más. Por ejemplo, no se puede decir que el placer es en sí malo. El placer es en sí, como valor sensible, bueno, es decir, es un valor positivo. Lo que pasa es que no es lo mejor que cabe pensar: hay otros valores «superiores» que, en caso de conflicto, exigen que el placer ceda ante ellos. Por ejemplo, no parece legítimo buscar el placer a costa de la propia salud (mediante las drogas o el alcohol), ni gozar a costa de la dignidad, la libertad o las esperanzas de otra persona.

Esto significa que entre los diversos tipos de valor existen relaciones que podríamos llamar «jerárquicas»: hay valores más altos que otros, es decir, más intrínsecamente valiosos, de modo que los inferiores deben, en principio, ceder ante ellos. Los valores superiores aparecen, en principio, como «preferibles» (aunque no siempre se prefieran de hecho), y sacrificar los valores inferiores por los superiores aparece como algo que «merece la pena».

(Naturalmente, la altura no es la única relación práctica; también existe la urgencia del valor: en ocasiones es más urgente promover un valor inferior y posponer otro superior, porque el inferior es condición del último.)

¿Cómo es posible discernir la altura y dignidad de los valores? Es decir, ¿cómo es posible saber qué valores merecen más la pena? Existen diversas posibilidades al respecto. Pero mencionamos una que nos parece más importante: un valor es más alto cuanto más profunda es la satisfacción que produce. Es decir, los valores superiores afectan a estratos más profundos de la existencia humana y, por ello, están más directamente ligados con la plenitud de la vida. Los valores superiores promueven la *dignidad* humana (la «dignificación», fomentan la verdadera libertad, le confieren valor, ejemplaridad...); mientras que la prioridad otorgada a los valores inferiores supone la persecu-

ción de una felicidad subjetiva y superficial (que, por ello mismo, es muy dependiente de circunstancias externas e insegura; disminuyen la verdadera libertad, como capacidad de disponer de la propia vida).

1.5. Valores morales y libertad humana

Otra manera de discernir la altura de los valores es atender a su relación con la dimensión personal. Cuanto más ligados están los valores a la persona, más altos son. De entre los valores personales destacan los valores morales. Estos valores se expresan normalmente por medio de las normas morales, que mandan comportamientos valiosos, prohíben acciones disvaliosas (por introducir valores negativos o por destruir los positivos) o permiten determinadas acciones en dependencia de las circunstancias.

Suele creerse que entre las normas éticas y la libertad humana existe una incompatibilidad casi absoluta, de modo que ser libre significa sustraerse a las normas y las exigencias morales, y someterse, por contra, a ellas implica renunciar a la propia libertad.

Tal mentalidad sólo puede deberse a la debilidad característica del ser humano, pero también a la ignorancia supina que en nuestros días campa por sus respetos y se enseorea de medios de comunicación y se proclama por boca de gentes que pasan por ser los portaestandartes de la cultura y la «sapienza» del momento.

Trataré de desmontar tan burda ecuación con un ejemplo sencillo. Posiblemente algunos o muchos de vosotros estudie música y toque, o esté aprendiendo a tocar, un instrumento. Descubrirá que el proceso de aprendizaje en el mundo de la música implica someterse a una legalidad casi tiránica. Uno ha de moverse exclusivamente por las estrechas calles del pentagrama y combinar según unas leyes rígidas y casi matemáticas no más que siete notas y unas pocas variantes. Las normas de la música son verdaderamente de una rigidez insoportable. Someterse a ellas requiere un temple y una capacidad de renuncia fuera de lo común. ¿Que sucede cuando uno se somete perseverante a esa normativa estrecha y rígida? Sucede que acaba dominándola. Se hace dueño de ella sin dejar de respetarla y, merced a ese dominio, puede desplegar una creatividad (que es la vertiente estética de la libertad) casi sin límites.

Del mismo modo, las normas morales expresan las mínimas condiciones necesarias para ejercer la libertad en un sentido verdaderamente humano. Por debajo de ese nivel normativo mínimo uno «desentona» con su verdadera humanidad y con la de los demás. Por encima de ella, el ser humano descubre un campo infinitamente amplio para realizar libremente su vida y optar por el sistema de valores que mejor cuadren con su personalidad y su modo de ser (idea de vocación, profesión, estado, etc.).

2. Valores y gente joven

Existen muchos dominios de valor. Ninguna época, cultura, profesión o edad de la vida es capaz de abrirse a todos simultáneamente, de percibirlos y realizarlos. Los valores son tantos y tan diversos que es imposible abarcarlos con la mirada. Además, con suma frecuencia, una misma realidad está investida de diversos valores, pertenecientes a diversas familias, de modo que unos se recubren a otros.

Por eso, los valores son objeto de descubrimiento histórico y de acercamiento en perspectiva.

También las edades de la vida están como situadas en una perspectiva preferente respecto del mundo de los valores:

- Dominan en la infancia los valores hedónicos o sensibles: por la vía del placer y del dolor se abre el niño recién nacido al mundo entero. Para él, casi la única relación con las cosas del entorno son las relaciones de agrado y desagrado.

- En la segunda infancia y en la juventud dominan los valores vitales. El joven se abre a la vida, descubre su propia vida y la explosión vital que sucede en él hace que esos valores se conviertan en el filtro desde el que todos los demás adquieran sentido.

- En la madurez son los valores éticos los que adquieren la preponderancia: es la edad del compromiso realizado, del deber, del trabajo, de la familia.

- Finalmente, en la ancianidad adquieren prioridad los valores de ultimidad, los valores religiosos. El anciano que ha vivido adecuadamente su vida es el que «sabe» por propia experiencia lo que realmente vale, el que distingue lo esencial de lo accesorio, lo permanente de lo pasajero, pues experimenta en sí las dimensiones de plenitud y vacío. El anciano, cuya biografía ya está muy hecha, su personalidad muy definida, vive la existencia como gratuidad y como don, se enfrenta a la ultimidad y encara la muerte inevitable como destino esperanzado.

Cada etapa tiene su importancia y ninguna debe ser preterida o desvalorizada respecto de las demás. Cada una tiene su momento y su lugar en la vida. Si falta la experiencia dominante de un tipo de valores, se genera una falla, un vacío, que puede producir un bloqueo o una fijación, que imposibilita o, al menos dificulta mucho, el desarrollo ulterior.

Si, por ejemplo, al niño pequeño le falta la experiencia placentera del cariño físico, si es maltratado, si carece de afecto, etc., se dará con mucha probabilidad en él posteriormente un hedonismo descontrolado y egocéntrico, que se convierte en una reivindicación y protesta inconsciente por aquello de que careció en su momento. También hay adultos que no quieren serlo, que no quieren crecer, que cometen la ridícula estupidez de querer ser eternamente jóvenes, siempre preocupados de su apariencia externa, del reconocimiento ajeno, fijando su existencia en un absurdo narcisismo adolescente.

Hemos dicho que los jóvenes viven sobre todo en la perspectiva de los valores vitales. No significa que vivan sólo en, de y para los valores vitales, sino que se abren al entero dominio de los valores desde la perspectiva de la vitalidad. Así, por ejemplo, siguen muy presentes en esta etapa los valores sensibles o hedónicos (no en vano explota en este tiempo la sexualidad, con el cúmulo de sensaciones agradables y desagradables que comporta, el descubrimiento de la atracción del sexo opuesto, etc.). Pero que dominan los valores vitales se muestra en que el joven es capaz de renunciar al placer en favor de otros valores que se estiman más: someterse a verdaderas torturas para aparecer bien ante los demás (sometimiento a la moda, ropas ajustadas, incomodidades...), con tal de «gustar» o «ser aceptado» (los valores vitales promueven la relación mucho más que los meramente hedónicos: comunicabilidad vital, empatía, etc.). La prioridad de los valores vitales se muestra en el culto de la imagen, la belleza física (que en la juventud es esencialmente plétórica, vital), de la fuerza, del deporte, de la música marchosa y el baile...

Del mismo modo, la experiencia de los valores «superiores», como los éticos y los religiosos, se da también desde la perspectiva dominante de los valores vitales: el fenómeno de la rebeldía contra lo «viejo», la sed de autenticidad, la vivencia apasionada de los valores considerados sagrados: la amistad, la fidelidad, el compromiso, etc. El conjunto de los otros valores se viven con una fuerte carga emotiva, sentimental típica de la vitalidad en que el joven se encuentra.

3. La crisis de los valores en la sociedad actual

3.1. ¿Pueden los valores estar en crisis?

Una de las cosas que más se oye en nuestro tiempo es que nos hallamos en una profunda crisis de valores, que éstos se «han perdido», y cosas por el estilo. Pero, si aceptamos lo que dijimos al principio, podemos preguntarnos ¿es que pueden estar en crisis los valores?

Hablando con propiedad, los valores mismos no pueden estar en crisis. Sería algo así, como si hiciera crisis un axioma matemático o un teorema geométrico o, por ejemplo, el contenido cromático esencial de un determinado color. Al teorema de Pitágoras no hay modo de hacerle entrar en crisis. Tampoco «el rojo» en cuanto tal puede entrar en crisis, de modo que se convierta en naranja o, lo que es peor, en azul. Los valores, si valen de verdad, no pueden dejar de valer en sí mismos, no pueden entrar en crisis.

Sin embargo, los valores se descubren y realizan en la historia variable y contingente de los hombres. Y en la historia, en la diversidad de las épocas y las culturas, como en las edades de la vida, varían las perspectivas, la capacidad de aprehender los valores, que sufre ensanchamientos y estrechamientos, de modo que se producen, efectivamente, descubrimientos y pérdidas.

Ya dijimos que la riqueza del mundo de los valores es tal, que ninguna época puede agotarlos (en el sentido de descubrirlos y realizarlos) todos. Pero por lo mismo es también difícil imaginar una época en la que se produce

una distorsión completa de *todos* los valores. Este género de afirmaciones es propio de un catastrofismo histórico, que, en parte, se ha dado siempre. Siempre ha habido gentes sombrías que han afirmado «en estos tiempos calamitosos en que nos ha tocado vivir...» Sin caer en la cuenta de que calamidades, por desgracia, las ha habido siempre y, posiblemente, de un modo u otro, seguirán acompañando nuestra existencia, disfrazadas con muy diversos ropajes, hasta el fin de la historia.

Ni catastrofismo pesimista ni tampoco optimismo totalitario. Contra lo que suele pensarse, no es intolerancia y tentación totalitaria la pretensión de que existen valores objetivos, válidos para todos y para siempre, sino esa otra que consiste en creer que nuestro tiempo, o nuestro sistema social y político, realiza de modo definitivo el entero mundo axiológico, o que los propios valores son los únicos y definitivos. Frente al totalitarismo, frente al catastrofismo y frente al relativismo (que vacía el mundo del valor reduciéndolo a meros intereses y, creyendo preservar así la libertad y la tolerancia, lo único que hace es abrir el campo a la pura lucha por el poder), es preciso afirmar lo absoluto de los valores y lo relativo de nuestro acceso a ellos, es decir, *el perspectivismo*.

Así pues, cuando hablamos de crisis de los valores, nos estamos refiriendo en realidad a una crisis en nuestra percepción de los mismos, de algunos de ellos, lo que implica necesariamente que algunos otros valores se imponen sobre los anteriores. Este cambio no tiene que ser necesariamente negativo: el descubrimiento de nuevos y más altos valores puede desplazar o someter a subordinación a valores que hasta ahora habían aparecido como los más elevados. Cuando se estima más importante la justicia que la fuerza, por ejemplo, no cabe duda de que se produce una crisis de valor altamente beneficiosa, de modo que puede hablarse de un verdadero progreso moral.

Las crisis de valores pueden darse, por tanto, por crecimiento, por cambios en el orden de prioridad, pero también por conflictos entre valores de similar altura. Por ejemplo, ha sido típico de un largo período de nuestra historia reciente el conflicto entre el orden de prioridad dado a los valores de la igualdad (socialismo) y de la libertad (liberalismo): no se trataba de un conflicto entre esos valores mismos (como si, dependiendo de la opción política, uno valiera y el otro no), sino entre el orden de prioridad de realización práctica. También pueden darse conflictos entre valores de desigual altura, que provocan situaciones trágicas: ante el conflicto entre la lealtad (la fidelidad a la verdad, etc.) y la vida humana, hay épocas que dan prioridad a los primeros, por ser más elevados, y otras, como la nuestra, en que se otorga la primacía a la vida, por ser un valor básico. Lo mismo puede suceder cuando entran en conflicto el valor individual o el colectivo, etc.

3.2. La crisis de nuestro tiempo

Pero es cierto que cuando se habla de crisis de valores suele hacerse mención a otra cosa (frecuentemente mezclada con todo lo anterior): se alude a

una *distorsión en la percepción de los valores*, que se someten a otras instancias que deberían en principio ser regidas por ellos: el mundo de los intereses subjetivos. Esta distorsión es una cierta perversión de la estimativa del valor que puede dar lugar a graves desajustes en la vida humana, personal y social.

En nuestro tiempo se produce, en virtud del individualismo burgués y del sistema de producción capitalista, una inversión en el orden de prioridad de los valores que sitúa a los valores meramente útiles (económicos, relativos a los medios) por encima de los valores sensibles (el placer) a los que deberían servir; y, además, a los valores hedónicos por encima de los valores vitales, a los que naturalmente deberían estar subordinados². Esta inversión valorativa implica una distorsión en la percepción de los valores que acaba por producir la idea de que los valores son meramente subjetivos.

El subjetivismo moral, que rechaza toda exigencia que se oponga a las inclinaciones y los intereses subjetivos, que identifica lo que está bien con lo que viene bien, que considera que la única manera de defender la causa de la libertad, la democracia y la tolerancia es renunciar a la idea de valor objetivo, son expresiones de esta crisis de valores de nuestro tiempo. Se trata de una crisis particularmente grave, no porque se hayan evaporado todos los valores (nuestra época vive de percepciones de valor sentidas con mucha fuerza, aunque también con bastante parcialidad), sino porque se ha volatilizado la noción misma de valor objetivo y porque se considera que, cuando se habla de tal cosa, se está hablando de una entidad inexistente con la que designamos simplemente el complejo de nuestras inclinaciones, intereses, deseos, etc.

3.3. La abolición del hombre

La cultura contemporánea occidental presenta una extraña contradicción entre sus convicciones morales relativistas y su tarea educativa, incluidas sus afirmaciones políticas e institucionales.

Se difunde la idea de que los valores son meras expresiones de sentimientos subjetivos, se atacan en consecuencia criterios y valores morales que pretenden objetividad, considerados retrógrados o propios de una cultura monolítica, intolerante y antidemocrática y se abolen así los ideales de excelencia

² «El ascetismo moderno ha desarrollado un ideal que es, en su sentido ético, la exacta antítesis del antiguo: ¡el "ideal" del *minimum de goce con un maximum de cosas agradables y útiles!* Por eso vemos que allí donde el trabajo ha adquirido las mayores proporciones (como por ejemplo, en Berlín, y, en general, en las metrópolis alemanas del norte), la capacidad y el arte de gozar ha descendido al grado más bajo imaginable. La muchedumbre de los estímulos agradables mata precisamente la función y el cultivo del goce, y cuanto más abigarrado, alegre, ruidoso y atractivo se hace el entorno, tanto más triste es por lo común el interior del hombre. Cosas muy alegres, contempladas por hombres muy tristes, que no saben qué hacer con ellas; tal es el "sentido" de nuestra cultura del placer y de las grandes ciudades.» MAX SCHÉLER, *El resentimiento en la moral*, Madrid, 1993, cap. V.

moral que pretendan tener un valor canónico (sobre todo en materias sexuales y familiares, de hábitos personales considerados erróneamente «privados», etc). Pero se quiere, simultáneamente, formar buenos ciudadanos, con talante democrático, «educar para la paz», «para la vida» (por ejemplo, frente al cáncer de la droga), etc.³

La pregunta que se plantea, una vez se ha eliminado la noción de «respuesta adecuada» a un dato objetivo, de valor o de relevancia moral objetiva (pero también estética, etc.) es: ¿en qué se basa la pretensión de validez de esos valores «progresistas», «democráticos», «emancipados» de prejuicios ancestrales?

Se trata de fundamentar esa educación, inevitablemente valorativa, no en un orden objetivo deseable por sí mismo, sino en consideraciones de otro tipo. Por ejemplo, la utilidad social, la eficacia o los conocimientos científicos sobre los mecanismos biológicos o psicológicos, que, de hecho, mueven a los seres humanos.

Pero, respecto de la eficacia o la utilidad, cabe todavía preguntarse, útil ¿para quién? Si se decide que esa utilidad se refiere al conjunto de la sociedad, entonces hay que preguntar: y ¿por qué *se debe* fomentar el bien social, especialmente cuando éste entra en conflicto con mis intereses individuales? Se está echando mano de una convicción común (la bondad o el deber de promover el bien social), que deriva de una comprensión de la moralidad como algo objetivo que previamente se ha descalificado.

Como se ha prohibido apelar a consideraciones de ese tipo, es preciso apelar sin más a la necesidad y utilidad de ciertas actitudes y tratar de inducir las de manera técnica. La educación ya no es una tarea de introducción progresiva en un mundo de valores objetivos, de transmisión de convicciones que cada individuo tiene, por lo demás, que ir descubriendo por sí mismo, sino una especie de propaganda que reproduce los intereses del sistema. Y, en vez de la convicción, en este proceso domina la sugestión propagandística, ya que no es posible convencer con una clase de razones (las de la razón práctica) que se han rechazado por obsoletas.

Si se apela a conocimientos científicos, biológicos o psicológicos, se suele acabar apelando al Instinto, al que inexorablemente hemos de seguir, posiblemente porque es una ley de preservación de la especie (que sería, entonces, el verdadero y único interés ético, al que se subordinarían todos los demás). Pero esa respuesta no puede no ser sino muy insatisfactoria, como nos recuerda Lewis:

«No insistiré en que llamamos Instinto a lo que no conocemos (pues decir que las aves migratorias encuentran su itinerario por instinto es sólo decir que no sabemos cómo lo encuentran), y aquí se está usando de un modo adecuado en cuanto que expresa un impulso irreflexivo o espontá-

³ Cf. C. L. LEWIS, *La abolición del hombre*, Encuentro, Madrid, 1990, p. 33, nota 1.

neo ampliamente percibido por los miembros de una especie determinada. ¿De qué manera nos ayudará el Instinto, así concebido, a encontrar valores “reales”? ¿Se puede sostener que *debemos* obedecer al Instinto, que no podemos obrar de otro modo? En tal caso, ¿por qué se escriben *Libros Verdes*? ¿Por qué tales elogios para quienes se han abandonado a lo inevitable?”⁴

Existen además muchos instintos, con lo que se plantea la cuestión de a cuál conceder prioridad. En una consideración meramente fáctica, esto es imposible. En la discriminación de Instintos más fundamentales o profundos o básicos, se esconde —pero no se reconoce—, una vez más, un juicio de valor de pretensiones objetivas. Y, desde luego, si se pretende que la finalidad del Instinto es la preservación futura de la especie, lo que es claro es que el ser humano en su actuar cotidiano, no suele tener metas tan elevadas, sino otras mucho más pedestres. Incluso cabe decir que trabajar en bien de la humanidad futura es un ideal moral demasiado excelso que poca (y culta) gente tiene:

«No tiene mucha utilidad preguntarse si *existe* algún instinto por el que preocuparse por la posteridad o por preservar la especie. Yo no lo descubro en mí mismo; además, soy un hombre poco propenso a pensar en el futuro lejano; ... Y me parece aún más difícil pensar que la mayoría de la gente que se ha sentado en el asiento de enfrente del autobús o que ha hecho cola a mi lado, sienta un impulso irreflexivo de hacer algo por la especie o por la posteridad. Solo la gente educada de un modo particular ha podido tener en consideración la “posteridad”. Es difícil atribuir al instinto nuestra actitud hacia un objeto que existe sólo para los hombres reflexivos.»⁵

En conclusión, una vez desprestigiada la objetividad moral, se pretende instaurar cánones de comportamientos basados en el progreso, la libertad o el bienestar social. El problema es que estas apelaciones, o son objetivas (parte de la visión desechada), o no son más que palabras vacías, incoherentes con la ideología de quienes las propugnan:

«Si el deber para con mis padres es una superstición, entonces también lo es el deber respecto de la posteridad. Si la justicia es una superstición, también lo es el deber hacia mi país o mi pueblo. Si la búsqueda de conocimiento científico es un valor real, entonces también lo es la fidelidad conyugal. La rebelión contra el *Tao*⁶ es la rebelión de las ramas contra el árbol: si los rebeldes pudieran vencer se encontrarían con que se han destruido a sí mismos. La mente humana no tiene más poder para inventar un nuevo

⁴ *Ibíd.*, págs 37-38.

⁵ *Ibíd.*, págs. 42-43.

⁶ Lewis denomina *Tao* por comodidad a la creencia en un orden moral objetivo.

valor que para imaginar un nuevo color primario o, incluso, que para crear un nuevo sol y un firmamento que lo contenga.⁷

Se da, en definitiva, un pavoroso divorcio entre la cultura y la filosofía de mayor vigencia pública (con sus correspondientes consecuencias para la educación) y la experiencia inmediata de todos (que no puede prescindir de juicios de valor con pretensiones de objetividad). Como se ha dicho, la educación se convierte en una mera técnica que trata de inducir (propagandísticamente) las actitudes morales que se consideran útiles al sistema social. Y, como hoy en día, la influencia de la familia disminuye en la educación y va pudiendo cada vez más la fuerza masiva de los m.c.s., lo que resulta útil para la sociedad acaba por ser lo que resulta útil para la sociedad de consumo y sus santones: las sociedades anónimas.

Lo trágico de esta situación es que, después de sembrar con sal, de erradicar el fundamento de la verdadera excelencia moral, se pretende recoger frutos que sólo son posibles desde aquél fundamento. Y se produce desazón porque los frutos son bien otros: fraude fiscal, droga creciente, violencia en aumento, desequilibrio familiar, indolencia generalizada hacia los intereses comunes:

«Siempre —como en la tragicomedia de nuestra situación— que nos empeñamos en reclamar tales cualidades auténticas estamos, al tiempo, haciéndolas imposibles. Es difícil abrir un periódico sin que te venga a la mente la idea de que lo que nuestra civilización necesita es más “empuje”, o dinamismo, o autosacrificio, o “creatividad”. Con una especie de terrible simplicidad extirpamos el órgano y exigimos la función. Hacemos hombres sin corazón y esperamos de ellos virtud e iniciativa. Nos reímos del honor y nos extrañamos de ver traidores entre nosotros. Castramos y exigimos a los castrados que sean fecundos.»⁸

3.4. Crisis de valores y juventud

Esta situación, en que los intereses subjetivos, grupales y económicos dominan el horizonte axiológico, produce un caldo de cultivo propicio para la manipulación, a la que la juventud está especialmente expuesta.

La juventud tiene, es verdad, la enorme ventaja de no estar maleada, de poder decir que «no», de disponer de la posibilidad de empezar de nuevo, de evitar los errores pasados y de realizar nuevos proyectos de humanidad y de convivencia. Aunque, para ello es capital, que sepa escuchar a las generaciones pasadas, para no incurrir en sus mismos errores.

Al tiempo, sin embargo, está sometida a graves riesgos. En primer lugar

⁷ *Ibíd.*, pág. 48.

⁸ *Ibíd.*, pág. 29.

por falta de criterio firme: por estar en la encrucijada de la vida y ser más moldeable. La actual «cultura de masas», visual y comercial, se dirige sobre todo a los jóvenes, ofreciéndoles modelos ficticios de identificación. Y lo hacen porque los jóvenes necesitan esos modelos de identificación para ir modelando su personalidad. Pero, al estar regidos por intereses espurios (económicos), esa oferta «tiene trampa». Las empresas de publicidad dirigen de manera preferente sus alagadores mensajes a aquellos que pueden resultar «consumidores a largo plazo». En la cultura del consumo, la identidad más importante es la del consumidor. Por eso mismo, posiblemente, incitan a los menos jóvenes a no crecer, para mantenerlos en los circuitos de su influencia (el mito tramposo de la «eterna juventud»).

4. Conclusión

La juventud es un período importantísimo, lleno de valores específicos. Es el momento de descubrimiento y adquisición de ciertos valores que cimentan la vida personal y a los que hay que ser fieles. Son valores exigentes, como los que están ligados a la amistad, la fidelidad, la veracidad (la sinceridad), el esfuerzo deportivo, etc. La generosidad de quien rebosa vida es propia de este período. Sobre estos valores irán creciendo después los de la prudencia, la fidelidad al deber, la sabiduría de la vida, etc. Esa generosidad es crucial para vencer las tentaciones (muy fuertes) a la indolencia, el engruimiento, el egocentrismo narcisista y hedónico. La juventud, evidentemente también tiene sus peligros y sus disvalores. A nuestra libertad se le ofrece la invitación a elegir de manera positiva, constructiva y abierta.

Pero esto significa que no hay que rendir culto a la juventud. Lo importante es la persona en su concreción y la autenticidad con la que se vive el propio nivel biográfico. No importa ser joven o viejo. Importa ser uno mismo y estar abierto a los demás. Por ello, vivir a fondo la propia juventud y sus valores mejores significa ponerse a la búsqueda idealista de la autenticidad, la amistad, la justicia... Aspirar a los valores más altos, que no significa despreciar los otros, sino sólo hacer de los primeros la condición de estos últimos.

Consiste esto en no dejarse engatusar por lo fácil, construyendo la propia vida sobre arena, de modo que sucumbiremos a la primera racha de viento fuerte. Por decirlo gráficamente, es preciso que no nos dejemos empujar cuesta abajo, pues cuesta abajo ya vamos solos. El empuje ha de ser para ayudarnos a caminar cuesta arriba, en pos de lo que vale más pero resulta costoso, pues todo lo que vale cuesta; mientras que los cantos de sirena que prometen una felicidad facilona y sin esfuerzo acaban exigiendo un precio demasiado alto: la propia autenticidad, la verdadera libertad, cuando no, incluso, la vida.

Marzo 1994